
DUNE:
RED PLAGUE
BRIAN HERBERT AND
KEVIN J. ANDERSON

Un nuevo relato de las Grandes escuelas de Dune… escrito para acompañar a Navegantes de Dune por los mismos autores.

En la historia, el industrial Josef Venport continúa en una amarga disputa con el líder butleriano Manford Torondo. La población del planeta Walgis, fiel a la causa butleriana, está muriendo de una virulenta enfermedad llamada Plaga Roja, y el Dr. Rohan Zim de la Escuela Suk intenta persuadir a Venport para que intervenga, ayudando al médico a administrar una vacuna.



La plaga roja

Brian Herbert
Kevin J. Anderson



Título original: *Dune: Red Plague*

Autores: Brian Herbert y Kevin J. Anderson

Publicado originalmente en Tor.com

Publicación del original: 2016

Traducción: Danienlared

Revisión: ...

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

13.06.18

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Dune y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Brian Herbert, hijo de Frank Herbert, es autor de numerosas y exitosas novelas de ciencia ficción, y de una esclarecedora biografía de su célebre padre, el creador de la famosa saga *Dune*, que cuenta con millones de lectores en todo el mundo.

Kevin J. Anderson ha publicado veintinueve *bestsellers* y ha sido galardonado con los premios Nebula, Bran Stocker y el SFX Reader’s Choice.

… Incluso en sus sueños, todavía podía oír los pasados aplausos y sentir la energía y la sincera dedicación de la multitud. Rugió alrededor de él, haciendo que su sueño estuviera inquieto. El joven Manford Torondo pudo ver el rostro beatifico de Rayna Butler, su inspiración, su amada mentora, cuya visión había traído la curación y la fe a la raza humana tras la sangrienta Yihad de varias generaciones.

Podía ver los labios de Rayna moviéndose, pero Manford ya no podía recordar las palabras que estaba pronunciando, porque en ese momento había visto la bomba, sabía que explotaría. Se precipitó al escenario, tratando de salvarla, tratando de arrojarse sobre el dispositivo destructivo.

Pero fue demasiado tarde.

La explosión fue como un sol abriéndose, justo al lado de Rayna. Vio la onda expansiva, sintió las llamas, la energía que destrozó los cuerpos, destruyó el escenario, envió fuego y humo y escombros en todas direcciones. Manford no sintió su propio dolor, aunque había estado cerca de la explosión, demasiado cerca. Vio los miembros destrozados de Rayna Butler, con sus ropas manchadas de rojo, su piel rasgada y lacerada. Frenético, trató de correr hacia ella, trató de alcanzarla, pero por alguna razón apenas podía moverse. No tenía más remedio que gatear, y así se arrastró.

Sólo después se dio cuenta de que ya no tenía piernas. La explosión había arrancado la mitad inferior de su cuerpo, dejando sólo fragmentos espantosos debajo de sus caderas. Pero sus propias heridas carecían de importancia. Tenía que llegar a Rayna, tenía que salvarla, abrazarla de alguna manera. Aunque su cuerpo arruinado estaba sólo a momentos del shock catatónico, utilizó sus codos sangrientos para avanzar. Llegó a Rayna, la tocó, la miró a los ojos, y se imaginó que vio la luz todavía allí, pero desapareciendo. Finalmente, reunió la energía para gritar…

Gritaba mientras unas manos firmes le sacudían por los hombros, y se despertó en su estrecha cama, con su cuerpo truncado cubierto por una manta de lana áspera.

—Manford, volviste a tener esa pesadilla —dijo Anari Idaho, su alta y musculosa Maestra de Espadas, su guardián, su más devota compañera. Ella se inclinó sobre él, con su rostro lleno de preocupación—. Rayna todavía te persigue, ¿verdad?

Manford tragó con la garganta seca y dejó que ella le ayudara a sentarse.

—Rayna todavía me bendice con sus recuerdos. Incluso en la visión más horrible de ella, es auténticamente ella. Rayna era mejor que nosotros. —Suspiró—. Sin embargo, la carga recae en mí para continuar lo mejor que pueda su trabajo. Debo salvar el alma de la humanidad de su propia tentación.

#

—La gente de Walgis se está muriendo, Directeur, y están pidiendo ayuda.

El Mentat vestido de negro, Draigo Roget, presentaba su informe en las oficinas de Josef Venport en la capital del mundo industrial de Kolhar. La difícil situación de ese primitivo planeta despertó poca simpatía en la mente de Venport. Acarició su grueso bigote de color canela y frunció el ceño, sentado directamente en su escritorio en la torre de la sede. Era el Directeur de Venport Holdings, un enorme imperio comercial que ahora estaba sitiado y prohibido por el nuevo emperador Roderick Corrino. Venport estaba más preocupado por su propia situación desesperada que por la de algunos fanáticos enfermos.

—Dejadles llorar —dijo—. Dejadlos implorar —se permitió una pequeña sonrisa—. Que reconsideren su decisión de seguir las tonterías de Butler y dar la espalda a la razón y a la civilización. Uno debe esperar plagas y enfermedades en un mundo que elude incluso los principios más básicos de la medicina.

Suspirando, Venport se sentó en su escritorio. Su compañía estaba en plena confusión. Su flota espacial comercial era técnicamente ilegal por decreto Imperial, pero todavía funcionaba porque el Imperio necesitaba su comercio, necesitaba sus preciosos materiales. Necesitaban a Josef Venport.

—La gente de Walgis tomó su propia decisión cuando eligió unirse al bando de la barbarie del medio-hombre Manford —dijo—. Les expuse claros mis términos. ¿Por qué debería ayudarles ahora?

El flaco Mentat permanecía inmóvil, como una estatua. Su expresión estaba en blanco.

—Porque uno podría desear considerar el panorama más ampliamente, Directeur. Esta es nuestra oportunidad de causar serios daños psicológicos al movimiento butleriano.

La mirada de Draigo era intensa. Sus pensamientos estaban bien ordenados por la forma en que había sido entrenado en la Escuela Mentat de Lampadas. Se quedó allí, esperando a que sus palabras alcanzaran a Josef. Venport sabía que Draigo le daba un buen consejo, bien considerado, a pesar de que era reacio a oírlo.

El Director había pasado muchos años construyendo su imperio multi-planetario, desarrollando Navegantes mutantes que podían guiar a los cruceros de plegado del espacio a través del Imperio. Venport había reunido la mejor tecnología que había sobrevivido a la Yihad de Serena Butler y ahora intentaba reconstruir a la cansada humanidad para llevarla a una nueva edad de oro, mientras que los fanáticos de Manford querían una nueva era de oscuridad. Sí, la Yihad había derrocado las horrendas máquinas pensantes y había liberado a toda la humanidad… Pero liberar a la humanidad no significaba reducirlos a primitivos de la edad de piedra. Toda la alta tecnología no debía ser desechada.

Pero los Butlerianos creían exactamente eso. Dirigidos por Manford Torondo, los fanáticos querían reducir la humanidad a una cultura agraria primitiva dispersa a través de la galaxia. Josef Venport se encontraba totalmente en desacuerdo con aquel monstruo sin piernas.

Muchos planetas habían aceptado la promesa Butleriana, rechazando los avances y beneficios ofrecidos por Venport Holdings, por lo que había impuesto un bloqueo de represalia en tales mundos, negándose a entregar carga o servicios hasta que renunciaron a la locura de Manford. Había esperado hacerles entrar en razón.

Walgis era uno de esos mundos, y ahora estaban en un estado de desesperación. La plaga roja, una enfermedad altamente contagiosa y de rápida propagación, había aparecido entre la población. Miles ya estaban muertos, decenas de miles infectados y sufriendo, y la enfermedad no mostraba señales de desaceleración.

—Me parece que la plaga está reduciendo el número de fanáticos de Butler —dijo Venport—. Dime, Mentat, ¿por qué no es algo bueno?

—Están pidiendo ayuda, Director, y proporcionar esa asistencia sería algo muy sencillo para nosotros. Incluso el emperador Roderick no podía criticar un gesto humanitario tan obvio. Quizás suavizaría su corazón hacia ti.

—No me importa el emperador —dijo Venport.

—Sí, lo hace, señor, porque su situación actual como proscrito afecta adversamente sus negocios.

Venport frunció el ceño, pero no podía negar la lógica.

Draigo se volvió hacia la puerta, levantó la mano con una señal y un hombre delgado y de estatura baja entró vestido con una túnica blanca suelta. El recién llegado tenía un largo cabello grisáceo y una barba puntiaguda en la punta de la barbilla.

—Director, deseo presentarle al Dr. Rohan Zim, que ha venido a nosotros desde la Escuela Médica de Suk en Parmentier. Me instó a que le ayudara a hacerle llegar su caso.

Intrigado por el visitante, Venport apoyó los codos en el escritorio, apretó los dedos y miró al médico entrenado por Suk.

—¿Por qué no puede solucionar su propio caso?

Zim se apresuró a avanzar.

—Lo haría, director Venport. —De un bolsillo, produjo un cristal de datos, que insertó en el reproductor incrustado en el escritorio de Venport. Como la niebla que se levantaba en una mañana fresca, las imágenes aparecieron en el aire, las grabaciones holográficas mostraron a personas miserables tumbadas en líneas interminables de camas raquíticas. Las víctimas se retorcían y gemían, con el rostro cubierto de sudor, el tono de la piel grisáceo, el rostro manchado de erupciones escarlatas—. Como puede ver, Directeur, la plaga roja es terrible. Seguirá propagándose, pero podemos hacer algo al respecto.

—¿Quiere decir imponer una cuarentena? —preguntó Venport—. No queremos que ningún infectado salga y transmita la enfermedad a otros mundos poblados, especialmente a aquellos que están altamente civilizados.

Draigo dijo:

—Las naves butlerianas de Manford Torondo ya están en órbita, haciendo cumplir su propio bloqueo. La gente de Walgis tiene poca capacidad para viajes espaciales. Ya están siendo confinados sin ninguna interferencia por nuestra parte.

El doctor Suk interrumpió:

—E incluso si se propagara, la enfermedad es fácilmente tratable con la medicina moderna. Por eso estoy aquí, Directeur. Tenemos vacunas disponibles. En Parmentier, la Escuela Médica de Suk ha estado fabricando los medicamentos necesarios para curar la plaga roja, siempre que podamos entregarlos a los enfermos. Y para eso necesitamos la ayuda de la flota espacial VenHold.

Venport frunció el ceño.

—De nuevo, debo preguntar, ¿por qué sirve a mis propósitos salvar a los bárbaros que quieren destruirme?

Rohan Zim le dirigió al director una mirada oscura.

—En la Escuela de Medicina de Suk, todos hacemos el juramento de cuidar a los enfermos y moribundos, para tratar a aquellos que necesitan nuestra experiencia médica.

Venport hizo un gesto de desprecio.

—¿Me habla de altruismo? ¿No puedes argumentar algo mejor?

El Mentat dio un paso más cerca, encontrando su mirada con la de Venport mientras las holo-imágenes de las miserables víctimas de la plaga seguían jugando en el aire sobre el escritorio.

—Sería una buena decisión de negocios, creo. La Escuela de Medicina de Suk ya está ofreciendo las vacunas y tratamientos, siempre y cuando proporcionemos transporte. Le costaría poco, pero podríamos dejar claro que usted, el director Josef Venport, es el salvador de este mundo. Se demostrará a todos, no sólo al emperador Roderick, que usted es un buen hombre que está dispuesto a tomar el camino recto. Después de salvar a Walgis, incluso podría ganarse a la gente de allí, hacer que reconsideren su decisión de unirse a los Butlerianos. —El Mentat se encogió de hombros—. Es posible.

Venport reflexionó sobre la idea, vio las implicaciones. Él sonrió.

—Ah, y sería una victoria sobre el medio-Manford. Le mostraría que soy superior. —Dio un rápido asentimiento—. Muy bien, doctor Zim. Reunirá sus vacunas y tratamientos, y le proporcionaré una de nuestras naves más pequeñas de transporte a Walgis. Salve a esas personas en mi nombre, se lo merezcan o no.

Anari Idaho encendió una lámpara, que arrojó un resplandor cálido y dorado a lo largo de los aposentos privados de Manford en su pequeña cabaña en Lampadas.

—La gente te ama como tú amabas a Rayna —le dijo—. Tú eres la voz de los Butlerianos. Tú eres el alma de la humanidad, lo único que nos impide volver a caer en las garras de las malvadas máquinas pensantes.

—Y el demonio Venport con su maldita tecnología —dijo Manford.

Anari asintió bruscamente.

—Los considero uno y lo mismo, y es por eso que esta noticia es inquietante. Tenemos más informes de Walgis, donde la plaga roja continúa propagándose.

Manford bajó la cabeza solemnemente.

—¿Sabemos cuántos han muerto?

—Decenas de miles. Sin embargo, nuestro bloqueo y cuarentena se mantiene. No escaparán e infectarán a otros, pero nadie se ha aventurado a la superficie para atenderlos directamente.

Él asintió con la cabeza.

—Como ordené.

—Nuestras naves de guerra hacen cumplir el bloqueo, y se mantiene. Pero la gente… —Ella respiró hondo y sacudió la cabeza—. Están desesperados, Manford. Te están pidiendo ayuda.

—Estoy muy conmovido por esta tragedia, dijo. La gente de Walgis son mis seguidores más devotos. Ellos estuvieron entre los primeros en aceptar la promesa Butleriana, evitando toda tecnología y alejándose así de las tentaciones. Se han mantenido fuertes. Ellos sufrirían cualquier cosa por mí, ya lo sabes. Ojalá pudiera pagar su lealtad de alguna manera.

Anari lo levantó y le ayudó a vestirse, ya que su cuerpo entero terminaba debajo de sus caderas. Cuando necesitaba viajar, la Maestro de Espadas le colocaba en un arnés especial en su espalda para poder llevarlo a cualquier parte.

La respuesta fue obvia, y no vaciló.

—He decidido qué hacer —dijo—. Anari, me acompañarás a Walgis. Tengo la intención de unirme a la flota de cuarentena en órbita allí y rezar por las personas que están sufriendo. Puedo cuidar de ellos y mostrarles mi amor.

Anari asintió.

—Me gusta esa idea. Puedes hablar con ellos, darles consuelo. Puedes bendecirlos, incluso desde la órbita.

La nave de plegado espacial de VenHold, guiada por uno de los raros y misteriosos Navegantes, era el medio de transporte más rápido y confiable en el universo conocido. Aun así, el Dr. Rohan Zim encontraba la demora agonizante mientras esperaba a que el Navegante llegara a Walgis.

Desde que se enteró de la mortífera plaga, había reunido incansablemente a los médicos en las nuevas instalaciones médicas de Parmentier. Quería salvar a esas personas, aunque fueran Butlerianos. Una multitud de fanáticos anti-tecnología había quemado la antigua Escuela de Medicina Suk en Salusa Secundus, y se habían alzado contra la tecnología médica, incluso contra los avances quirúrgicos básicos. Los zelotes consideraban que las prótesis nuevas y sofisticadas, y los órganos artificiales, eran abominables. Se burlaban del progreso científico que habría aumentado la producción de alimentos y salvado innumerables vidas.

El Dr. Rohan Zim tenía poco aprecio por los atrasados Butlerianos. Pero seguían siendo personas, y él había hecho un voto solemne cuando se convirtió en un médico Suk.

Al recibir la aprobación del Director Venport, Zim se apresuró a regresar a Parmentier, donde su pueblo había estado trabajando sin parar para fabricar las vacunas y tratamientos vitales para los afectados. A pesar de su virulencia, la plaga roja era una enfermedad antigua, bien reconocida y en su mayoría erradicada a través de los planetas asentados por humanos. La cura existía; Sólo necesitaba ser entregada a los enfermos.

La gente de Walgis tenía que aceptar el tratamiento, aunque tuviera una base sólida tecnológica. Sin embargo, Zim no tenía dudas: no había nada como ver a la familia lamentarse y morir en la miseria febril para hacer que una persona reevaluara sus creencias esotéricas.

El Dr. Zim y sus colegas Suk habían creado y empaquetado cien mil dosis de la cura. Necesitarían ayuda para distribuir y administrar las vacunas, pero sus voluntarios enseñarían a otros, que a su vez enseñarían aún más, y tal vez la plaga roja sería atrapada y detenida. Una vez que las cien mil dosis fueron entregadas, las víctimas recuperadas proporcionarían los anticuerpos para curar al resto. Zim deseó que su equipo hubiera podido comenzar una semana antes.

Se unió a los otros doctores en la plataforma de observación durante el salto final de plegado del espacio a Walgis. Cuando los motores Holtzman se activaron, sólo hubo una breve distorsión en el espacio alrededor de la pequeña nave. El Navegante, en su turbio tanque de gas arremolinado, eligió un sendero y guió la nave, y luego emergió cuando las ondulaciones en el tejido del universo se suavizaron de nuevo, devolviéndoles al espacio normal justo cerca de Walgis.

Uno de los doctores señaló a través de la ventana de observación en un punto brillante que crecía progresivamente más grande cuando el plegado espacial acelerado les acercaba a su destino. A medida que el planeta se convirtió en un disco discernible, podían ver luces brillantes, formas parpadeantes de grandes naves acorazadas en órbita.

—Esos serán las naves butlerianas —dijo Zim—. Un cordón de cuarentena para evitar que los infectados escapen. En ese caso, al menos, podemos agradecer a Manford Torondo.

Miró a la pared mientras sus colegas médicos se reunían en la ventana de observación. Alzó la voz al equipo de VenHold, que estaba escuchándoles en el comunicador de la pared.

—Abran un canal de comunicación, por favor. Deseo dirigirme al planeta Walgis, así como a las naves de la cuarentena. Querrán escuchar nuestras buenas noticias.

Al cabo de unos instantes, el oficial de comunicación indicó que el canal estaba abierto, y el doctor Zim se aclaró la garganta, adecentó su túnica blanca, se arregló la barba y miró a la cámara en la pared.

—Pueblo de Walgis, somos doctores de los laboratorios Médicos Suk de Parmentier. Respetamos toda vida, sin tener en cuenta las creencias políticas o religiosas. Sabemos de

su situación y estamos encantados de ofrecer nuestra asistencia y experiencia. —Dio un respiro y reconoció a su benefactor—. Con la benevolencia del Directeur Josef Venport, hemos venido aquí para ayudar. Su sufrimiento casi ha terminado, y nosotros cuidaremos de ustedes y salvaremos a tantos como sea posible. —Él sonrió—. ¡Hemos traído vacunas!

A bordo de la flota de cuarentena, Manford había estado orando. Sabía que todas las personas del planeta estaban bajo su cuidado, no sólo sus cuerpos físicos debilitados por la fiebre, sino también sus almas, para que él les guiara y aconsejara. Les ayudó a no ser débiles cuando las tentaciones eran fuertes.

Durante tres días, desde que llegaron para unirse al cordón acorazado con la diligente Anari Idaho, Manford se había dirigido a todo el planeta. Habló con el pueblo afligido y sufriente. Él los bendijo, sabiendo que se confortaban con sus palabras compasivas. Con un gesto y una oración, Manford Torondo, heredero de los sueños de Rayna Butler, podía traer esperanza y claridad, no sólo a los que estaban condenados por la plaga roja, sino a todos sus seguidores. Con su heroica presencia aquí en Walgis, cada butleriano sabía cómo el corazón de Manford sentía el dolor de cada uno de sus seguidores.

En el puente de uno de las naves de cuarentena, Manford cabalgaba cómodamente con el arnés a hombros de Anari. Ella lo había colocado allí para que pudiera montarle en lo alto, con su torso desnudo encajado perfectamente en el arnés de cuero. Él era el comandante, el gran líder y visionario. Había estado mirando fijamente la apariencia engañosamente pacífica del planeta. Walgis, un leal y fiel mundo butleriano, había sido una vez devastado por máquinas pensantes durante la Yihad. El pueblo había sido aplastado y atormentado, pero tras la adversidad resurgió con fuerza. Manford estaba orgulloso de ellos.

Había estado pensando en la explosión aquella última manifestación de Rayna, como había perdido la mitad inferior de su cuerpo y, sin embargo, había salido más fuerte que nunca con un enfoque más nítido y una determinación mayor: «Medio hombre, dos veces líder». Aquellos que sobrevivieran allí serían aún más ferozmente leales de lo que la población había sido antes…

Y entonces la nave de VenHold llegó a Walgis. Una pequeña nave que transmitía un mensaje de supuesta esperanza y milagros engañosos. Manford sintió que sus músculos se tensaban mientras se agachaba para agarrar los hombros de Anari, como sacando fuerzas de ella. Se sentía tan sólida como un viejo árbol.

—Hemos traído vacunas —dijo el doctor Suk a bordo del buque que se acercaba.

Le dolía la mandíbula mientras apretaba los dientes. Manford puso a todas sus naves de cuarentena en alerta. En lugar de girar sus armas hacia el planeta para evitar que escaparan, ahora enfocaron su poder de fuego hacia afuera, con sus tripulaciones listas para enfrentar esta amenaza.

Manford transmitió a la población abajo, sin molestarse en responder directamente a la nave VenHold.

—Eres lo suficientemente fuerte sin medicina. Nuestra amada Rayna Butler soportó las más horribles plagas propagadas por las máquinas pensantes; Enfermedades mucho peores que la plaga roja. Su corazón y su alma eran fuertes, y ella se recuperó. Rayna se recuperó porque Dios quería que ella se recuperara, sabiendo que tenía mucho trabajo que hacer. Dios te hará recuperar también.

Cortó la comunicación y miró a Anari, que lo observaba con completa aceptación y reverencia. En todo el puente de su nave insignia, vio expresiones similares, dándole seguridad de que todo el cordón de cuarentena reaccionaría igual.

—Debemos protegerlos de la influencia siniestra —dijo Manford—. Tenemos que proteger a mi pueblo de las promesas insidiosas del demonio Venport, y de sus propias debilidades.

Mostrando su coraje, envió otra transmisión.

—¡A todos los afligidos de Walgis, regocijaos! Os habéis salvado.

Entonces dio la orden para que todos sus acorazados alrededor del planeta apuntaran a la nave médica que se acercaba. No sintió vacilación, sólo alivio cuando dio su instrucción.

—Abran fuego.

Y sus tripulaciones obedecieron.

En el campo de aterrizaje de Kolhar, Josef Venport contempló sus numerosas naves, una flota de transportes espaciales y grandes transbordadores de carga que viajaban a la órbita para atracar en cruceros aún más grandes. Estos cruceros bien armados eran una mejora de sus propias defensas, en caso de que el emperador Roderick tuviera el valor de atacar aquí.

Los tanques llenaban los depósitos de las grandes naves. Con un silbido rugiente, uno de los transbordadores de carga se lanzó desde la plataforma de lanzamiento hacia el cielo. En el campo, la maquinaria pesada se movía, dándole una sensación de satisfacción. Su flota VenHold mantenía la entrega de cargas necesarias, y ahora más caras, a cualquier planeta del Imperio que pudiera afrontar los pagos. Casi parecía el negocio de costumbre.

Excepto que todo el Imperio reclamaba su cabeza.

«¡Desafía la razón!». «Esto es más loco de lo que Manford ha estado antes». Mientras caminaba, cerró los puños y Draigo, vestido de negro, le seguía el ritmo con pasos deslizantes. «Él destruyó nuestra nave, borró su carga de vacunas, y dejó a sus propios seguidores en la putrefacción de la pandemia. ¡Y lo animaron cuando lo hizo!».

Draigo asintió con la cabeza.

—En mis proyecciones de Mentat, señor, reconocí una posibilidad muy pequeña de que los butlerianos pudieran reaccionar de esta manera. Me disculpo por no darle crédito suficiente.

—Nadie podría haber pronosticado una respuesta tan atroz, Draigo —dijo Venport—. Incluso ahora que has entregado el informe, todavía no puedo creerlo. Manford ha condenado a su pueblo a morir de una enfermedad que se cura fácilmente sólo porque él no quiere que la ayuda venga de mí. Es un loco y un asesino en masa.

Venport se sentía disgustado y enojado. Realmente no le importaban los bárbaros moribundos de Walgis. Por lo que a él respecta, todos podían sufrir horriblemente de la plaga roja. Y a decir verdad, él perdió sólo un pequeño transporte, fácilmente reemplazable, y unos pocos médicos Suk que ni siquiera eran sus empleados. Como una pérdida de negocios, Venport fácilmente podría superarla. ¡Pero era tan malditamente escandaloso! Le costaba mucho creer el acto inmoral del medio-Manford.

Draigo Roget sacudió la cabeza.

—Desafía la lógica. Si voy a hacer proyecciones más precisas sobre nuestro oponente, tendré que aprender a pensar más irracionalmente.

Venport se detuvo para mirar un vehículo de entrega con un contenedor sellado de gas de especia, bombeándolo en uno de las naves para llenar el tanque sellado de un Navegante. Consideró todas las batallas en las que había luchado, su pelea por salvar a la humanidad y reconstruir la civilización, para superar las cicatrices que las máquinas pensantes habían dejado… Así como sus luchas contra el inepto y temerario Emperador Salvador. Por el bien de toda la humanidad, Venport había reemplazado a Salvador con su hermano Roderick, un hombre que él creía más racional, aunque Roderick estaba ahora más interesado en la venganza que en el fortalecimiento de su Imperio.

—A veces me desespero por la humanidad, y me pregunto por qué continúo esta lucha desesperada y despiadada —dijo Venport con un suspiro consternado—. Incluso después de la derrota de las máquinas pensantes y mis luchas constantes para ayudar a nuestra raza a recuperarse, los fanáticos butlerianos permanecen. Me temo que son nuestro peor enemigo. Ellos destruirán nuestro futuro tan seguro como cualquier ejército de máquinas pensantes jamás podría. Los bárbaros deben ser destruidos. No importa qué armas debamos usar o qué sacrificios debemos hacer, tenemos que aplastar a Manford Torondo y a sus seguidores a toda costa.

—Estoy de acuerdo, Directeur, dijo Draigo.

Venport se sintió confiado, aunque no arrogante. El movimiento butleriano estaba compuesto de primitivos, rabiosos bárbaros, mientras que VenHold tenía la tecnología más sofisticada en el Imperio.

—No son rival para nosotros —dijo.

A su lado, Draigo no respondió, pero frunció el ceño mientras revisaba los hechos. Venport avanzó, evaluando sus naves y otros recursos.

Cuando el Mentat respondió, habló con tanta calma que Venport casi no oyó sus palabras.

—Y, sin embargo, temo que ganen.